

CHARLES TAYLOR: *La ética de la autenticidad*, Paidós, Barcelona, 1994 (Trad. P. Carbajosa) 146 páginas.

Este libro interesará especialmente a quienes piensan que aunque las cosas en las sociedades contemporáneas no están muy bien, tampoco hay que desesperarse. Su autor, el filósofo Charles Taylor, es conocido como uno de los "comunitaristas", es decir, de aquellos autores que en Norteamérica se han atrevido a remar contra corriente y plantear un pensamiento alternativo frente a la hegemonía liberal. Con todo, los interlocutores aquí no son primordialmente los liberales, sino aquellos que, como Alan Bloom, sostienen que el pensamiento moderno está irremediamente errado y que fatalmente lleva al subjetivismo y el relativismo. Taylor, por el contrario, piensa que el relativismo es una patología de la modernidad y procura mostrar que la afirmación del sujeto constituye uno de los logros más relevantes de los últimos siglos, del que no se debe prescindir.

Para ilustrar sus ideas, el filósofo canadiense elige un concepto, el de autenticidad, y emprende la tarea de rescatarlo. No escapará al lector que Taylor no se ha facilitado las cosas. En efecto, en la literatura filosófica corriente es habitual tomar este vocablo como una manifestación típica de lo que algunos han llamado el "individualismo narcisista" (cfr. 89). Taylor, en cambio, procura mostrar con argumentos históricos y morales cómo la idea de autenticidad no sólo es compatible sino que supone ciertos patrones supraindividuales de conducta (cfr. 74). La idea misma de autoelección, tan cara al pensamiento moderno, sólo tiene significado si las elecciones no son todas equivalentes, es decir, si hay algunas que valen más que otras. Frente a las propuestas posmodernas, que deslegitiman la idea de ciertos horizontes de significado, nuestro autor

hace presente que la autenticidad no sólo entraña actitudes creativas y originales, sino también una "apertura a horizontes de significado" (99) —pues de otro modo las elecciones se banalizan— y una "autodefinición en el diálogo" (ibíd.). En efecto, en toda acción creativa, en toda comunicación, hay un entramado dialógico, una serie de supuestos que no están puestos por el individuo y que permiten que el diálogo tenga sentido y se evite la tentación de la violencia.

El modo de proceder de Taylor consiste en articular el ideal superior que se esconde detrás de nuestras prácticas sociales, muchas de ellas degradadas por el subjetivismo, "para criticar después esas prácticas desde el punto de vista de su propio ideal motivador" (102). A diferencia de los críticos y de los defensores acérrimos de la modernidad, Taylor no pretende desechar esa cultura, ni la respalda sin condiciones, sino que pretende "elevar su práctica haciendo más palpable para quienes participan en ella lo que realmente entraña la ética que suscriben" (103-4). En esta empresa se hace imprescindible intentar una labor de persuasión, para mostrar a uno y otro bando "que la autorrealización, lejos de excluir relaciones incondicionales y exigencias morales más allá del yo, requiere verdaderamente de estas en alguna forma" (104). En cambio, los subjetivistas modernos y sus detractores tienen en común el identificar el ideal moderno con sus más bajas y degradadas expresiones, es decir, comparten el pensar que la Modernidad coincide con lo que en realidad son sus patologías (cfr. 110).

En el fondo de todo el libro hay un llamado a la responsabilidad personal. Lo que muestra el crecimiento de la libertad y la autonomía que, según

dice, ha experimentado la humanidad en nuestra época, no significa que marchemos irremediablemente a la degradación, sino que día a día se enfrentan en nuestra sociedad formas superiores e inferiores de libertad, y que la solución a este conflicto no depende de ninguna necesidad histórica sino de nuestro empeño personal por defender unas u otras. Ya no cabe confiar en el apoyo de ciertas estructuras sociales que impedirían en mayor o menor medida la práctica del mal, tampoco se trata de identificar cuál es la tendencia que guía fatalmente a la sociedad, sino que se trata de ser conscientes de que estamos librando “una lucha cuyo resultado está continuamente por decidir” (110).

Las consecuencias políticas y jurídicas de las opiniones de Taylor son significativas. Aunque no se refiere en detalle a ellas, muchas expresiones de la Modernidad (como su noción de Democracia o la idea de Derechos Humanos), están sujetas a la misma situación que afecta al valor de la autenticidad. Esto significa que corren

el riesgo de ser entendidas bajo criterios subjetivistas y relativistas y que, como toda obra humana, están sujetas al riesgo de la perversión. El caso quizá más dramático consiste en la invocación de la autonomía y libertad personales para justificar el aborto, transformando una categoría que constituía originalmente una protección de los débiles en un nudo y absoluto poder de disposición de unos hombres sobre otros. Pero la posibilidad de un uso ideológico de ciertas ideas no debe llevar a su rechazo, sino a mostrar cuáles son las condiciones que hacen posible esos conceptos y cómo ellos exigen necesariamente ciertos patrones –por ejemplo, la capacidad de formular juicios racionales en el campo moral– para que tengan sentido y fundamento. En este sentido el breve libro de Taylor constituye un modelo de argumentación digno de ser empleado en el campo de la filosofía jurídica y política.

*Joaquín García-Huidobro C.*